



Praxis Freudiana

Av. Corrientes 1309 8° "24"
(C1043ABA) Capital Federal, Argentina
Tel/Fax: +54 (11) 4371-2719
e-mail: info@praxisfreudiana.com.ar
web: http://www.praxisfreudiana.com.ar

El psicoanálisis: una clínica para el despertar del nuevo milenio

Amelia Haydeé Imbriano

Refiriéndose a la reconquista del campo freudiano dijo Jacques Lacan: "No seré yo quien venceré, es el discurso al que sirvo".

Los invito a compartir una propuesta: que nosotros también podamos servir a ese discurso. El discurso analítico causa el despertar del sujeto y justamente mi propósito hoy es mostrarles lo que el psicoanálisis tiene para ofrecer al "nuevo milenio" en tanto que "base de operaciones en contra del malestar de la cultura".

El mundo, inmundo, al fin del milenio

"Hoy se vive de prepo y se duerme apurado, y la barba hasta a Cristo se la han afeitado... Al mundo le falta un tornillo, que venga un mecánico a ver si lo puede arreglar" (José M. Aguilar y Enrique Cadícamo, Tango "Al mundo le falta un tornillo", 1928)

"Siglo XX cambalache problemático y febril". "Todo es igual, nada es mejor", "los inmorales nos han igualado", "dale no más, dale que va", "no pienses más, hacete a un lado". (Discépolo, Tango Cambalache, 1935).

Hay quienes se han preocupado por describir la época y sus malestares. Los tangos de Aguilar-Cadícamo y de Discépolo son una versión poética. La guerra, los shoppings o el Sida son la versión consumada.

Discépolo en su cantar habla del malestar de la cultura, le llama "porquería", así como para Aguilar y Cadícamo se trata de la "falta de un tornillo". Nos han permitido a los argentinos, y también a los ciudadanos de muchas partes del mundo, elevar las quejas y los lamentos, a través de la canción. Si bien dan cuenta del **malestar como estructural de la cultura**, y por eso el primero relaciona el año 510 con el 2000 y el segundo alude a Cristo, a nosotros nos cabe preguntar por las diferencias y sus consecuencias.

La globalización, el discurso capitalista, la "tecno-ciencia" y sus consecuencias -los denominados síntomas de fin de siglo- son algunos de los que componen "el despliegue de

maldad insolente”, lo inmundo-impuro del mundo que, en otras ocasiones, ya he denominado como “los nombres de la muerte”. - “Todo el mundo está en la estufa, triste, amargado, sin garufa, melancólico y cortado”-.

“**Tecno-ciencia**” es una palabra acuñada en la modernidad, en ella, dos términos se unen en una nueva filiación, que deberá ser **saber-operativo en donde el saber debe convertirse en hacer y poder**. La lógica que la sostiene es la satisfacción de cualquier demanda a través de la operatividad técnica que ofrece los mejores manjares de la sociedad de consumo, en donde la identidad se juega en el tener, causando el apremio de no quedar al margen y generando con ello una población “esclava o cautiva”, denominación usada en las teorías comercialistas. Y, cautivo es, tanto aquél que “vive en la impostura” como aquél que “roba en su ambición”, el que es “cura, colchonero, rey de basto, caradura o polizón” pues “es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, pretensioso estafador”, “todo el mundo anda de asalto y la creación anda a las piñas”. “El ladrón es hoy decente y a la fuerza se hizo gente, ya no encuentra a quien robar, y el honrado se ha vuelto chorro porque en su fiebre de ahorro él se afana por guardar”. En todo caso “todo es igual, nada es mejor”.

Las sociedades son cada vez más desiguales en sus oportunidades no pudiendo negar las diferencias entre el primer y tercer mundo. Y, cada vez más sobreigualadoras en las demandas que imponen, lo que bien puede leerse como un efecto de “renegación”: **la globalización impone la igualdad obligatoria** que actúa en contra de toda diversidad y promueve a la cultura del consumo. Las sociedades cuentan en tanto que mercado y la ética imperante es el utilitarismo, en donde el éxito es la eficacia y el rendimiento. La paradoja es que resulta así implementarse un excelente sistema de segregación: una violenta desigualdad según líneas de separación entre centro y periferia, opulencia y miseria, hiperdesarrollo y subdesarrollo, que son institucionalizadas en las formas de interrelación de las naciones.

“**Voy al shopping**” es una frase que se escucha en todos lados, pero el sujeto que la dice, dónde está?. Poco importa, puede ser Nueva York, París, Buenos Aires, pues lo importante es que allí está todo, y, el que camina por el megacentro comercial pertenece a la aldea global – “vidriera irrespetuosa de los cambalaches” en los que “se ha mezclado la vida”-. Allí el día y la noche no se diferencian. Tampoco se diferencian los productos, en todo caso son marcas. Las personas se convierten en gente que rebasa anónimamente atrapada por las imágenes que excitan hasta la saturación y son promesa de saciedad. Viven llenos de “lo light”, de esas etiquetas iguales en todo el mundo que siendo marcas reconocidas conforman el paisaje de la inmundicia mundanal, orquesta de impurezas con las que se llena nuestro universo de lenguaje. Así en Tokio como en Alaska, en Bogotá como en Moscú, en Madrid como en Washington, en Berlín como en la Antártida, todos reconocemos los mismos productos a través de los mismos logos componiendo un cantar con las mismas canciones en todo el mundo que, ya no son en las lenguas regionales, sino en una lengua universal, intentando disimular, y a

veces lo logramos bien, la “Babel” que sigue existiendo. La dependencia a los objetos se extrema, - “vivimos revolcados en un merengue y en el mismo lodo todos manoseados”-.

Se ha generado una sociedad tendiente a la adición y a la adicción, en donde lo que se consume debe llegar al exceso de la máxima satisfacción. Se impone la **ley del “safis-facere”**, en donde un pretencioso “demasiado hacer” es acto logrado en el “hacer en demasía” que nos atrapa. Su consecuencia está a la vista: “ **no tengo tiempo**” es la frase de letal elegancia con la cual nos pronunciamos al respecto de lo que llamamos “nuestra vida”. Cabe preguntar: es vida?, de quién?, quién tiene la titularidad de esto que llamamos nuestra vida y quién ha sido el escribano que dio fe de esa escritura?.

Existe una **lógica aditiva, la lógica del uno más**, de un poco más, en una serie con tendencia al infinito. Ejemplo de ello son los envases de bebidas que en pocos años se agrandan cada vez más: las **gaseosas** envasadas en botellitas de no más de un cuarto litro se convierten en botellones de dos litros; las botellas de **cerveza** de litro reemplazan a las diversas copas alemanas que distinguían a los distintos pueblos nórdicos y se beben cuan gigantes mamaderas cambiando la significación de lo que se entendía por “cultura alcohólica”; **ahora beber bien es beber hasta la descompostura**. El detallado menú es eliminado en los **restaurantes “tenedor libre”**, en donde se puede comer de todo y mucho al mismo precio, y en donde **comer bien se convierte en comer mucho**.

Todo es homogéneo, uniforme. No hay alteridad y cada uno se queda con lo suyo que es lo de todos. Y, entonces, si es lo de todos, cada uno en tanto que cualquiera puede en un instante fugaz, velozmente, para verificar el rendimiento, convertirse en paracaidista y volar o dar el salto al vacío, porque en todos los casos se convertirá en el gran triunfador que practica **deportes de alto riesgo**. La virtud de la prudencia es algo desuso, también otros valores, el disvalor es rey.

Es el mundo del “**todo-listo**”, del “siempre-listo”, y el que no puede tiene una solución al alcance de la mano: **químicos** para dormir, despertar, tener fuerza, divertirse, no comer, no dormir, no parar. Así las asociaciones entre **fármacos y drogas** están en el orden del día.

En este sentido cabe la pregunta al respecto de si la globalización trae como consecuencia una adición-adicción inespecífica, no importa aquello que entra en la cuenta, el asunto es que sume. Siempre se trata de una operación de adición, de lograr un más, no importa qué, en tanto sea lograr “el todo de todos”.

La saturación lleva a querer “tener todo” o bien a “tener nada”, en donde juegan sus lugares **bulimia y anorexia**, ya no solamente como patología alimenticias, sino como modos de encarar la vida, y ambas son figuras del vacío del ser.

¿Dónde ha quedado la pequeña sala de lectura?, ¿pero quién dijo que leer?. Mejor un gran “living” con el televisor pantalla gigante para ver una sangrienta y cruel guerra desde el sillón con vibraciones “antistrés”.

Un dormitorio con privacidad es reemplazado por un gran “loft” con una pequeña “**laptop**” con la cual nos conectamos, agradecidos a “**internet**” con todo el mundo, - con varios a la vez, con muchos a la vez, con todos a la vez -, y hasta nuestra máxima intimidad, esa que ya no sabemos si es pudorosa, queda satisfecha en una alquimia en donde la caricia puede ser reemplazada por una imagen, obscena las más de las veces, pornográfica o cruel, en otras ocasiones, y ya no sabemos si son las peores o las mejores. Así los “**voyeurs**” y los “**sadomasoquistas**” son moda. Pero lo importante es que es económico puesto que se puede usar el “programa” que está en la misma computadora con la cual trabajamos.

De eso se trata, de **trabajo**, de ese trabajo que convierte la vida en más de lo mismo, constituyendo el reinado del trabajo del inconsciente, cuyo principio es el **goce del trabajo de la pulsión de muerte**. El trabajo se ha convertido en un “negocio” - negación del ocio-, aliado inseparable del trabajo del sueño, y al igual que este se constituye para seguir durmiendo.

Cultura de lo adictivo en el sentido de **lo no-dicho**, no porque el sujeto se calle, cosa ya grave, sino porque el sujeto no tiene algo propio a decir, ha quedado abolido, ha pasado a **ser objeto del mercado regulado por las leyes del “marketing”**. El sujeto en el medio de este “cambalache global” está impulsado por la inercia, lo que bien representa aquello que Lacan define como “**sujeto entregado al goce del Otro**”.

No me olvido de la problemática de los **fenómenos psicosomáticos en donde el cuerpo entra en la mesa de juego desde el enfermar, desde el descomponerse, y del Síndrome de inmunodeficiencia adquirida**, que también entra en este mundo en donde “se acabaron los robustos”.

Se trata de una cruel alquimia, en donde tomaremos como ejemplo del fin del milenio la imagen fuerte del SIDA que consideramos como uno de los nombres de la muerte, quizás el más inmundo, por mostrar con obscenidad la conjunción de sexualidad y muerte. Cabe preguntar : **Qué alquimia permite que la sexualidad, ligada al amor y la procreación pueda encarnarse letalmente y convertirse en factor transmisor de enfermedades?**

El posmodernismo, con **la primacía del disvalor o la ley del “todo-vale”**, está en relación causal con patologías del fin de siglo motivando una cultura de los malestares. Con esto nos referimos tanto a los **malestares no-enmascarados** como el que sufren los sidosos, los alcohólicos, drogadictos, golpeadores, violadores, y un sin fin de etcéteras, así como a los **malestares poco-enmascarados**, cuya máscara es la moda, como las **competencias automovilísticas llamadas “picadas” o los concursos de bebedores oportunos** tal como se estila en algunos centros de diversión juvenil, en donde gana el que bebe mayor cantidad- algunos terminan muertos.

“Todo el mundo está en la estufa y el puchero está tan alto que hay que usar el trampolín”. El mundo del negocio no es sin consecuencias. **Dentro de una concepción económica el ocio se considera un bien de consumo de primera necesidad**; en este sentido la función de utilidad de un sujeto están en relación a dos variables: renta y ocio.

En una primera aproximación se puede considerar el ocio en cuanto a medida de tiempo equivalente a tiempo libre. A partir del inicio del siglo XIX el tiempo libre aumentó : la

comparación entre 1860 y 1960 de las estadísticas nos muestra una reducción de la semana laboral: en EEUU de 70 a 37 hs y en Francia de 85 a 48 hs. Desde esta perspectiva el ocio surge como un efecto del sistema de producción. Entonces: a menor tiempo de trabajo, mayor tiempo libre?. Creer que es una relación simple es ingenuidad, puesto que la relación es metabolizada en el discurso capitalista a través de la **implementación de un "mercado del ocio"** que se ocupa de su planificación, surgiendo la dialéctica: diversión-aburrimiento.

La connivencia del sujeto referida por Lacan al respecto del trabajo del obsesivo, hoy vale para todos, qué negocio! **El mercado del ocio es el mejor negocio** (nec-otium). Para el tedio que genera, el capitalismo también tiene una numerosa oferta: psicofármacos, drogas, alcohol, SPA, realidad virtual y hasta ludoterapia. Nada se pierde, todo es aprovechable en la producción, y de este modo el discurso capitalista se impone como rechazo a la castración.

Desde esta perspectiva inicial ya puedo insinuarles **la oferta del psicoanálisis**, lo que ofrece el psicoanálisis, pues también los psicoanalistas saben que con oferta se genera demanda. Se trata de ofrecer un espacio para que el sujeto hable, para que el sujeto se escuche y hablando construya su deseo. El asunto consiste en la ética que regula la posición de aquél que funciona como agente de la oferta: el analista, encausado en la ley de abstinencia, no retrocederá de su ética enmarcada en los principios freudianos de la regla fundamental que demanda al sujeto que hable.

A falta de interdicción, la producción de una alquimia

El punto de partida del psicoanálisis es la consideración de la relación del sujeto al Otro.

Desde Freud sabemos que la figura del padre permite una organización cultural con consecuencias pulsionales. Lacan formaliza la función del padre desde el punto de vista del sujeto del significante. Toma los estudios freudianos sobre el padre de "Tótem y Tabú" y el padre del complejo edipiano ordenando una serie de elementos articulados: **el significante del Nombre-del-Padre nombra la Ley del Deseo; la metáfora paternal permite al sujeto interpretar este deseo; la significación fálica somete en el campo del lenguaje este deseo a la castración.**

Así como la elección por el Edipo, es decir **la elección del sujeto por el Nombre-del-Padre impone a la pulsión un acotamiento** (no te acostarás con tu madre, no reintegrarás tu producto), la elección por fuera de él permite a la pulsión su desborde. En el primer caso la pulsión se regula a través de un rodeo en donde podrá hasta inventar nuevos modos de rodear el objeto. En el segundo caso el tour pulsional es muy corto y su camino es el del exceso, esto no es sin consecuencias: la pulsión de muerte reina sin obstáculos y la violencia es una de las grandes consecuencias. El desastre de una sociedad destituida de cualquier autoridad ética sufre de los efectos sintomáticos de no poder librarse de una degradación mercantilista más que a través de la violencia. La degradación mercantilista ha sido engendrada en el vientre del capitalismo. La perversión intrínseca al capitalismo, probablemente el único sistema económico y social intrínsecamente perverso existente en la historia, no ha dejado de producir sus siniestros efectos, -lo desechable-, y ante ello nadie puede dimitir su responsabilidad. Todo es

mercancía, y toda mercancía producida en este sistema no puede ser más que un objeto efímero, ya caduco en el momento de su adquisición, y destinado esencialmente a ser reemplazado por un nuevo objeto más prometedor, y así sucesivamente. Por consiguiente, todo objeto puesto en circulación en el mercado, lleva consigo una vocación de desecho. La plusvalía, ese más de valor producido es inversamente proporcional a la “menosvalía”, a la depreciación infligida al consumidor. Es así como éste se encuentra sometido a la presión constante y siempre más exigente de un empuje a volver a comprar. Un sistema así no puede sino extender el consumo cada vez más. Así, está asegurado que el capitalismo produzca cada vez más objetos con los que se acrecienta el empuje insaciable de objetos de satisfacción imposible de ser colmada. En esa carrera, en ese círculo infernal, cada mercancía se vuelve desecho desde el momento de su adquisición y, en este circuito, entra también el hombre como mercancía. El mundo, inmundo, está lleno de desechos que se reciclan, lo grave es que se ha desechado al sujeto. Esto es la muerte que domina los acontecimientos humanos. Sabemos que cultura e inconsciente tienen una relación moebiana, por tanto, no somos ingenuos al respecto de la influencia de los cambios culturales sobre los sujetos.

Denomino “nombres de la muerte” a todo topos que compruebe la hipótesis freudiana sobre la primariedad de la pulsión de muerte. La muerte no es eso que está más allá de la vida, sino aquello que permanece indefectiblemente unida a ella. Es un límite que funciona como posibilidad inherente, incondicional e indeterminada del sujeto definido en su historicidad. Límite con que él mismo se encuentra a cada instante de su vida en lo que esa historia tiene de acabada en el sentido de lo invertido en la repetición. **La pulsión de muerte causa sufrimiento en demasía, mal de sobra, como una de las vicisitudes, siendo origen de las satisfacciones del padecer.** El imperativo superyoico que gobierna la pulsión de muerte es: Goza!. Esto es una situación de estructura, nadie escapa al goce. Pero, entonces, se trata de gozar lo menos posible y fuera del cuerpo. Para ello será necesario que opere una interdicción del goce.

La producción de una alquimia del deseo en goce, y la mutación consecuente entre el sujeto deseante por el sujeto gozante son los nombres de la muerte que en cada época toman distintos vestimentas y colores.

A los psicoanalistas de hoy nos cabe, también, “hacerlos hablar”, para intervenir allí donde el “sufrimiento en demasía” se desborda y posibilitar al sujeto un despertar.

¿Qué nos ofrece el psicoanálisis?

Se trata de una clínica del sufrimiento humano, y cómo no entender los matemas lacanianos sino como fórmulas de ese sufrimiento?. **Como “pathemas” será entonces como tendrá sentido pensar la oposición significante, S1-S2, y la relación entre el sujeto en tanto castrado, S/ y su objeto en tanto que perdido, “a”.**

¿Qué es eso que el Psicoanálisis nos enseña?

- Que en el inconsciente que es menos profundo que inaccesible, **“eso” habla.**
- Que “eso” habla “de una historia de una vida vivida como historia”.
- Que "eso" revela “la sujeción a las leyes del lenguaje, por donde la verdad entra en lo real”.

La función significante introduce la dimensión de lo perdido. Pero de tal modo introduce esta cortadura que, lo perdido es lo que abre la posibilidad de búsqueda, la búsqueda del deseo, lo que el deseo busca. Es la verdad de lo que ese deseo fue en su historia lo que el sujeto grita por medio de su síntoma. Deseo que en la imposibilidad de realizarse, es decir, de capturar su objeto, arroja al hombre a la repetición, al volver a pedir por el objeto. Objeto que es puesto en acto en la construcción de la transferencia de la que tomará provecho el analista en la dirección de la cura para orientar al sujeto hacia la destitución subjetiva y la promoción del despertar, o sea, hacia la destitución de los significantes amos que comandan la repetición que funciona al servicio de la pulsión de muerte para que la misma se transforme en creación permitiendo el advenimiento del ser.

En un psicoanálisis lo que está en tratamiento es el sujeto de goce, aquél atrapado por la maquinaria del inconsciente, sumergido en una dormidera inercial, atrapado en las redes de los significantes amos de su constitución. De lo que se trata es de una destitución subjetiva en términos de este sujeto de goce. Ya la asociación libre da pruebas de la subversión del sujeto, en tanto que en la experiencia analítica, un sujeto debe consentir ser solamente el punto de pasaje de las palabras. Lo que está en tratamiento es la destitución del sujeto en tanto que goce, y el advenimiento del sujeto en relación a un deseo-decidió, a un deseo advertido que no se quebrante en la insatisfacción o en lo imposible.

Si el inconsciente es pulsátil, su manifestación -su verdad- es sorpresiva e inintegrable al discurso intencional. “Verdad no dicha pero sí sufrida”. El análisis comenzaría bajo la exhortación de un “vere dictu”: que la verdad sea dicha, que la verdad enuncie su veredicto. Entonces, el inconsciente: un saber; el sujeto: lo que falta a ese saber. Pero, el inconsciente es un “saber a construir”.

En el discurso analítico el saber funciona como “docta” ignorancia habilitando un espacio para la asociación libre. Esta es, en primer lugar, la implicación del analista en su acción de escuchar y ella es la condición de la palabra. Para el analizante se trata de hablar libremente:

angostura entre la falta de libertad de la palabra y aquello más temible aún que es decir algo que podría ser verdad. Pero, de lo que se trata es de lo indecible de lo que se ignora, y es esto lo que fundamenta la ética del psicoanálisis, en donde ya está enunciada la pulsión como dato radical de la experiencia analítica. Freud nos advirtió que si de pulsión se trata, lo que está en juego es la “vuelta a lo inorgánico”: la muerte, dice sin reparos. Cuando el sujeto está tomado por lo pulsional (sujeto de goce) se encuentra en un nivel muy alto de “acomodación” en relación a la muerte. El costo es alto, y él no sabe cuánto. Frente a esta evidencia de agonía del sujeto, para el analista, el único alcance de la función de la pulsión será poner en tela de juicio ese asunto de la satisfacción. Entonces, si hay una clínica posible es en tanto que clínica de la pulsión.

El análisis es el lugar de la pregunta. Y, siempre queda abierta como producto del trabajo del deseo de un sujeto. No se trata que el analizante trabaje una pregunta sino que una pregunta trabaja al sujeto, lo que implica la subversión del sujeto del conocimiento. La pregunta es del sujeto, trabajador decidido a no ceder sobre su deseo de saber.

La experiencia analítica implica la puesta del inconsciente en suposición; la asociación libre producirá un metabolismo de goce a cielo abierto. La intervención del analista, en la cual “jugará sus bazas”: Inter-dicción que permitirá al sujeto coordinar su goce a una experiencia significativa, lo cual justifica la intervención.

Lo que resulta de la experiencia del análisis es un saber nuevo para cada uno.

El trabajo del análisis implica el despertar del sujeto y ésta es su oferta para el próximo milenio, los analistas no retrocederemos de nuestra ética. Muchas gracias.